

Tariq Ali

La noche de la Mariposa Dorada

Traducción de María Corniero



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Night of the Golden Butterfly*

Primera edición: 2011

Tercera edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Tariq Ali, 2010. All rights reserved

© de la traducción: María Corniero Fernández, 2011

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid;

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-1362-883-7

Depósito legal: M. 11.102-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Capítulo 1
18	Capítulo 2
44	Capítulo 3
75	Capítulo 4
107	Capítulo 5
120	Capítulo 6
125	Capítulo 7
142	Capítulo 8
152	Capítulo 9
178	Capítulo 10
206	Capítulo 11
218	Capítulo 12
240	Capítulo 13
257	Capítulo 14
278	Capítulo 15
304	Capítulo 16
322	Capítulo 17
344	Capítulo 18
354	Capítulo 19

*Para Aisha,
quien sugirió el título hace doce años
y ahora piensa que no es apropiado*

Capítulo 1

Hace cuarenta y cinco años, cuando vivía en Lahore, tenía un amigo algo mayor que yo llamado Platón. En una ocasión, Platón me hizo un favor y, en un arranque de generosidad juvenil, le prometí devolvérselo con creces si en cualquier momento me necesitaba. Platón era profesor de matemáticas en un colegio elegante, aunque, según decía, detestaba a algunos de sus alumnos, los que estaban allí sólo para aprender el arte de la depravación. Como además era un Platón punyabí, me preguntó si saldaría mi deuda de gratitud pagándole al interés compuesto. Y yo, insensato de mí, le dije que sí.

En aquel entonces estaba enamorado, lo que fastidiaba mucho a Platón. A su juicio, el amor no era más que una excusa para la lascivia juvenil y, por su propia naturaleza, nunca podía ser eterno. Mucho más importante era una casta amistad, que sí podía durar toda la vida. No estaba yo para ese tipo de filosofías en aquellos momentos y ha-

bría firmado cualquier papel que me hubiese puesto delante.

En un hombre de convicciones normalmente firmes y claras, las aversiones de Platón resultaban irracionales y su ironía siempre rozaba el odio y se confundía con él. Le sacaban de sus casillas, por ejemplo, los estudiantes que se prendían la estilográfica en el bolsillo delantero de la camisa de nailon en los meses estivales. Si le preguntabas por qué, no respondía, pero al insistirle mascullaba que si éstos eran sus valores estéticos en la flor y el ardor de la juventud, no quería ni pensar en cuáles abrazarían al hacerse mayores. Su ingenio, del que esta anécdota no constituye un buen ejemplo, te conquistaba desde el principio, y eso mucho antes de que se convirtiera en un pintor de fama.

Un amigo que acababa de conseguir trabajo en el Ministerio de Asuntos Exteriores poco después de graduarse se sentó un día a nuestra mesa y Platón enseguida se encaró con él:

—Voy a cambiarme el nombre por el de Diógenes para encender un farol en pleno día y salir en busca de un funcionario público honrado.

Nadie se rió, y Platón, acostumbrado a ser la estrella de las tertulias, se alejó de nosotros un rato. La víctima de sus pullas nos preguntó cómo podíamos tratar con un ser tan despreciable. Entonces la emprendimos con él: ¿Cómo osaba hablar así, sobre todo después de que lo hubiéramos defendido? Además, rezongó mi amigo Zahid, Platón valía por diez maricones del Ministerio de Asuntos Exteriores como él. Tras unas cuantas reflexiones de la misma índole, la cifra se disparó a «al menos

cien maricones fanfarrones del Ministerio de Asuntos Exteriores como él». Con esto nos libramos del sujeto. Luego, Platón regresó y pasó el resto de la tarde ensimismado, mesándose el negro bigote a intervalos regulares, señal inequívoca de su enfado.

La forma en que Platón comentaba sus conquistas amorosas con los amigos íntimos no acababa de resultar convincente. Su sexualidad siempre constituyó un misterio. Solía ser cauto y reservado, demostrando a las claras que nosotros, una generación más jóvenes, no podíamos aspirar a adentrarnos en ciertas honduras. Aún sigo sin saber muchas cosas de él, pese a que durante casi una década fui probablemente su mejor amigo. Ojalá los espejos alcanzaran a reflejar algo más que una imagen fija y nítida. Si también nos permitieran ver las interioridades de la persona que está contemplando su reflejo, la labor de escritores y psicólogos sería mucho más fácil, si no redundante.

Platón no proyectaba una imagen extravagante de sí mismo y procuraba por todos los medios no llamar la atención, pero sus esfuerzos tenían a veces el efecto de colocarlo justo bajo los focos. Cuando con gran despliegue de ampulosidad alguno de los poetas mayores y muy respetados que escribían en urdu y se reunían periódicamente en el café Pak de la avenida principal se excedía dándose autobombo, Platón se burlaba de él sin piedad, lanzando epítetos y proverbios punyabíes que a nosotros nos divertían muchísimo y a los poetas les ponían nerviosos. Cuando el poeta atacado pasaba a la ofensiva y acusaba desdeñosamente a Platón de ser una mediocridad y de estar celoso de sus superiores, Platón se animaba mu-

cho y se empeñaba en hacer una prueba para que los allí reunidos dictaminaran qué poemas de su adversario eran de segunda o de tercera categoría. Se ponía a recitar algunos de sus versos más crípticos con un estilo hilarantemente engolado, hasta que el poeta y su corte de aduladores se iban, y entonces él aplaudía con todas sus ganas. No es que nunca, ni por un instante, hubiera considerado un mal poeta a la persona en cuestión, pero le fastidiaban el narcisismo y las sesiones de mutua adulación que tenían lugar en el café a diario. Detestaba las expresiones ausentes típicas de los cobistas que exclamaban «maravilloso» después de cada verso recitado. Igual que muchos de nosotros, no era plenamente consciente de lo que algunos de ellos habían tenido que soportar en las décadas previas. Los desengaños los habían minado, dejándolos sin fuerza, y algunos, meras sombras de sí mismos, malgastaban sus energías en los cafés actuando de animadores de quienes habían adquirido celebridad en el mundo literario. Platón lo sabía, pero como en su fuero interno, de puro acero, él no se había doblegado, no tenía paciencia con quienes eran más débiles.

¿Qué habría movido a Platón a reclamar a estas alturas lo que le debía? ¿Y por qué tenía que pagarle con una novela basada en su vida? Pues eso fue lo que sucedió. Un encadenamiento de sucesos desembocó en una llamada telefónica para transmitirme la petición de que llamara a Platón a Karachi; de por sí, esto ya era bastante extraño, dado que Platón siempre había abominado de la mayor ciudad de la Madre Patria y la criticaba con virulencia por ser una monstruosidad híbrida y sin el menor carácter. Cuando lo llamé, no estaba de humor

para enfrascarse en una conversación larga; sencillamente insistió en que las viejas deudas de honor había que saldarlas. No me dejó alternativa. Podría haberlo mandado a paseo, claro está, y ahora creo que habría sido mejor. No tanto por él, sino por otras personas cuyas historias se entrelazan con la suya. Me inquietaba aquel enigma. ¿Qué se habría enquistado a tal punto en su interior que la única forma de disolverlo fuera sacar a relucir una deuda prácticamente perdida en el olvido? ¿Sería un malestar recurrente por no haber logrado cuanto quería? ¿O sencillamente el tedio de la labor artística en un país donde los caprichos del mercado del arte dependían de lo que se publicara en la prensa de Nueva York o Londres? Elogios en el extranjero, ganancias en casa.

Mucho antes de emprender la delicada tarea de la composición literaria, tendría que indagar en algunas facetas de su vida, lo que también sería un trabajo espinoso. Platón había mantenido ocultas amplias vertientes de su vida, o tal vez las había reprimido. En cualquier caso, me enfrentaba a una historia plagada de lagunas. ¿Cómo escribir sobre él a no ser que me permitiera sacar a la luz su pasado latente?

Las amistades son absurdamente inestables. Fluyen, se transforman, desaparecen, se meten bajo tierra como un topo durante largas temporadas y se olvidan con facilidad, sobre todo cuando uno de los amigos se traslada de continente. A lo largo de la vida nos rodean diversos grupos de personas y algunas relaciones cristalizan en amistades del momento, luego se desvanecen, se esfuman sin dejar rastro y reaparecen fortuitamente en los lugares más extraños. Hay amistades entabladas a través de la

política o del trabajo que resisten mucho más; y unas cuantas duran para siempre.

Tanto se emocionó Platón cuando acepté escribir la historia de su vida que lanzó un relincho de alegría. Aquella risa, tan impropia de él, me dejó desconcertado. Luego, irritado por mi insistencia en descubrir el motivo de su extraña petición, añadió una cláusula al trato. Iba a hacer lo que me pedía, no le cabía duda, pero ¿podría hacerlo sin recurrir a los artificios y a la grandilocuencia que hoy día se estimaban obligatorios? Tenía que ser un relato sencillo, sin adornos ni excesivas digresiones. Repuse que sí, pero le advertí que no podría escribir un libro sólo sobre él. Para ese menester, él era el más indicado, y si se trataba de eso, bastaba con que dictara sus memorias. Tampoco podría describir su evolución limitándome a hablar de la relación que tenía con otras personas. Habría que evocar la época, diseccionar el medio social y no caer en la tentación de mirarse el ombligo. Le recordé a Heráclito: «Los hombres despiertos tienen un mundo en común, pero los hombres dormidos tienen cada uno su mundo».

Platón lo aceptó graciosamente, aunque no pudo resistirse a exponerme otra idea, para animarme, imagino. Una derrota, me informó, podía transformarse en una victoria mediante una obra de arte. Se lo rebatí con mucha vehemencia. La conciencia artística, incluso la más elevada, jamás conseguiría retrotraer al pasado la realidad impuesta a una sociedad por una derrota histórica. Platón subió el tono al responderme nombrando a pintores y poetas cuya obra había elevado el espíritu del pueblo a alturas impensables en tiempos difíciles. En

efecto, convine, habían enriquecido la vida cultural de los pobres y los vencidos proporcionándoles un útil puntal cultural, pero eso no había cambiado nada. El mundo del arte visual y el reino de la literatura no eran más que minúsculos islotes; el océano lo controlaban los tiburones. Platón se enfadó. Estaba trabajando en un tríptico que sería un llamamiento a las armas. Demostraría que me equivocaba. Su obra pondría en pie de guerra a la patria. Yo expresé mi escepticismo.

–Gran maestro Platón, tus visiones caerán sobre la Madre Patria como rayos celestiales.

–Hablar contigo es una pérdida de tiempo cuando estás así. Haz algo útil: empieza el libro. Ponte a la labor y, cuando la verdad no pueda mostrarse desnuda, vístela de humor e ironía. ¿Serás capaz?

Lo intentaré.

Capítulo 2

Zahid dormía en la modalidad de sueño ligero, y soñaba. Era el sueño de orinar, según me contó después, que le alertaba de que tenía la vejiga llena. La esencia del sueño no había variado sustancialmente a lo largo de su vida: agua, agua que corría. Por lo general soñaba con darse una ducha; a veces, con un grifo abierto y, en ocasiones contadas, con un mar turbulento. En el colegio y en las montañas adonde íbamos a veranear con nuestras familias, Zahid me había descrito su afección con bastante detalle. Era un mecanismo interno de alarma burdo pero efectivo. Si se demoraba demasiado, su grifo empezaba a gotear. En una ocasión, su madre facilitó una explicación más junguiana, pero no debía de ser digna de mucha atención puesto que ni ella misma la recordaba al cabo de una semana.

Zahid estaba convencido de que era un caso único. Cuando era un niño de pecho, su ama de cría lo había

acostumbrado pacientemente a no usar pañales enseñándole a hacer pis por el sistema de abrir un grifo y silbar el himno nacional. Y el sistema funcionó —cuando cumplió un año, se descartaron para siempre los pañales de muselina—, pero dejó una marca en su psique. Zahid solía bromear diciendo que, gracias a Alá, fue el agua la que se coló en sus sueños en lugar del himno nacional. Aunque, tras una breve discusión, decidimos que en realidad habría sido mejor al revés. Al final de una película o de una retransmisión radiofónica nunca le habría sido difícil encontrar un excusado. Mucho mejor que hacerse pis en la cama.

Andando el tiempo, cuando ya era un distinguido cirujano del corazón en Estados Unidos y trataba a personas importantes, Zahid descubrió que su sueño no era tan especial como él había creído. Esa revelación fue un desengaño que, según decía chistosamente, había acabado con todas sus ilusiones. Fue entonces cuando decidió invertir algunos ahorros en bancos y propiedades de lugares indeseables del mundo entero en contra del consejo de su hijo: Marbella y Miami, las Bermudas y Niza, y también, en honor de los viejos tiempos, en un refugio de montaña del valle de Kaghan, tristemente destruido por un terremoto en 2005. Todo esto lo supe después. Sí me había enterado, cómo no, de que Zahid se había hecho republicano y había dirigido el equipo médico que operó a Dick Cheney en 1999 y le salvó la vida, pero no estaba al corriente de que se había trasladado de Washington D.C. a Londres después de los atentados del 11 de septiembre, ni tampoco de que vivía semirretirado en una mansión palaciega de Richmond, con vistas al Táme-

sis. Llevábamos casi medio siglo habitando mundos diferentes.

Cuando sonó el teléfono poco después de que amaneciera, Zahid gimió y estiró el brazo automáticamente para coger el reloj. Debía de ser una urgencia del hospital, pensó, hasta que cayó en la cuenta de que ya no estaba en activo. Eran las cinco y diez de la mañana; tenía que ser alguien del este. Las llamadas tempraneras le fastidiaban. Siempre eran de la Madre Patria y solían traer malas noticias: otra muerte en la familia, un nuevo golpe militar, un asesinato político esperado; aun así, había que atenderlas. Su mujer continuaba durmiendo. Se levantó, cogió el teléfono y fue a descorrer las cortinas. Negros nubarrones. Igual que él, la ciudad estaba aquejada de debilidad de vejiga. Soltó una maldición.

La persona que llamaba oyó sus exabruptos, se rió entre dientes y lo saludó en punyabí, la lengua vernácula que supera a la más puñetera de las lenguas vernáculas, o al menos de ello se jactan sus incondicionales. Ninguna traducción puede hacer justicia a esta lengua polisémica, en la que abundan tanto los retruécanos y los dobles sentidos que algunos estudiosos han argumentado que prácticamente todos los vocablos del dialecto punyabí tienen un significado doble u oculto. No estoy seguro de que así sea, porque habría creado problemas insalvables a la religión sij, cuyo fundador, el poeta místico y visionario Nanak, gran maestro de la lengua, jamás lo habría... dicho de otro modo, el gurú Nanak debía de saber lo que se traía entre manos cuando elevó su punyabí materno a la categoría de lengua divina de la nueva religión que se escindió del hinduismo, lastrado por la división en castas.

Tampoco contribuye a simplificar los problemas de traducción la profusión de dialectos. La voz que hablaba al doctor Mian Zahid Hussain lo hacía en el dialecto gural común en Lahore y Amritsar. En mi calidad de narrador, haré una traducción literal de esta primera conversación; pero como no quiero poner a prueba la paciencia del lector ni tampoco demostrar mis limitaciones, en los capítulos siguientes tal vez me vea obligado a adoptar de nuevo un estilo menos malsonante. O tal vez no.

—Qué tal, Zahid Mian. *Salaam aleikum*.

El receptor de este saludo volvió a maldecir, esta vez para sus adentros. No reconocía la voz. Desabrochándose torpemente el pijama con la mano que le dejaba libre el teléfono, entró a trompicones en el cuarto de baño y proporcionó a su neurótica vejiga el alivio que pedía a gritos justo a la vez que una deliciosa llovizna comenzaba a regar los numerosos parques y jardines particulares de Londres. Pese a tener a sus espaldas decenios de sabiduría acumulada en el hospital George Washington de Washington D.C., no sabía que hablar por teléfono justo sobre el inodoro crea una leve distorsión, un eco que el oyente atento reconoce con facilidad. Y este oyente en particular disfrutaba sacándoles los colores a sus amigos.

—¿Tanto te asusta mi voz que te has meado, maricón?

—Disculpame, amigo. Aquí es muy temprano. No reconozco tu voz.

—No pienso disculparte, maricón. Tu mano es tu única amiga. ¿Por qué no la enjabonas bien y te haces una paja? Quizá te ayude a reconocer mi voz, follarranas.

Este último insulto no era común en Lahore, sino patrimonio exclusivo de un viejo círculo de amigos. Zahid sonrió, esforzándose por identificar la voz que ahora sabía conocida a la vez que se apresuraba a librarse del go-teo final con escasa eficacia. Lamentablemente, las tradiciones de nuestra fe están enfrentadas con respecto a este ritual islámico de importancia vital. El chiismo defiende la vertiente duodecimana: hay que sacudir vigorosamente el pene una docena de veces para que no quede nada en él. Los suníes son más laxos: seis sacudidas se estiman suficientes. Con las prisas, Zahid había tirado por la vía sufí –un único meneo existencialista bien dado– y se había salpicado el pijama. Justo entonces reconoció la voz de su interlocutor.

–¡Platón! ¡Platón! Eres tú, claro.

–Me alegra que hayas reconocido tu nombre, follarranas.

La estridente risa de Zahid, con un leve deje de histeria, era típica de su ciudad natal. Respondió poniéndose a la altura.

–Llevas veinticinco jodidos años desaparecido, Platón. ¿Dónde te has metido, en tu culo? Llamas cuando apenas ha amanecido en esta puta ciudad y te quejas de que no te reconozca. Te daba por muerto.

–Muérete tú si quieres, maricón de baja estofa. El chumino de tu madre.

–Te esfumaste, Platón, igual que tus cuadros de mierda.

–Sólo en tu mierdero mundo occidental. Las exposiciones que hago aquí siempre están abarrotadas.

–¿Dónde estás?

–En Lahore, pero dentro de unas horas me voy a Karachi. Tengo un estudio allí.

–Larga vida al Puristán. ¿Es que nunca has follado allí? ¿Por qué me llamas a estas horas? ¿Te estás muriendo? ¿Te has dado demasiada caña? ¿Necesitas un trasplante de culo?

–Cierra el pico, maricón. Pensaba que ya estarías levantado. ¿No estás ayunando? ¿Es demasiado pronto para la oración matinal? He oído decir que te has vuelto devoto y te has humillado en La Meca.

Zahid se cabreó.

–Todos cambiamos, Platón. Tú también. Lo del ayuno es llevar las cosas demasiado lejos. Mejor saltárselo que hacer trampa como cuando éramos jóvenes.

–Ahora muchos amigos nuestros observan el ayuno. Y ni se te ocurra llamarlos «maricones». Están dispuestos a matar. ¿Por qué ibas tú a ser menos? Mira, excelso cirujano o cualquiera que sea la infecta profesión con la que te dedicas a estafar ahora, te he llamado por algo especial. Tengo el culo desgarrado, amigo. Hecho pedazos. Destrozado.

–Menuda novedad.

–El amor se ha presentado. Necesito que me ayudes. Nada de bromitas ni de preguntas indecentes sobre mi edad. Se ha presentado sin más.

Platón tenía setenta y cinco años, exactamente catorce más que nuestro país, como nunca se cansaba de repetirnos cuando éramos jóvenes. Nos sacaba unos diez años y se valía de esa diferencia de edad para jactarse sin ninguna medida de sus proezas sexuales, reales e imaginarias. De lo poco que le gustaban las dóciles y refinadas mujeres de clase media, obsesionadas con las cremas para los granos. De cómo prefería la energía bruta y las manos

encallecidas de las furcias campesinas. De todo esto estábamos al tanto. Pero ¿el amor? ¿De qué profundidades había emergido ese monstruo? Sin saber a qué atenerse, si sería verdad o una fantasía más de Platón, Zahid optó por ponerse frívolo.

—¿Mujer, hombre o bestia?

La avalancha de improperios que desencadenó la pregunta cayó sobre el interlocutor como un chaparrón. Cuando amainó el monzón, Zahid tenía tal ataque de risa histérica que despertó a su mujer. Por su forma de reír, Jindié supo que la llamada tenía que ser de Lahore y que no eran malas noticias, ni tampoco su madre. Quiso saber de inmediato quién llamaba a esas horas. En esos momentos la llovizna ya se había transformado en aguacero. Platón alcanzó a oír su melodiosa voz.

—Ah, se ha levantado la *sunebri titli*. Mis *salaams* a la gran dama, creada para enardecer la imaginación de los pintores. Dile que nuestra ciudad jamás se ha recuperado de su marcha. ¿Por qué no te ha dejado tirado para buscarse a alguien mejor? Como yo, por ejemplo. Me congratulo, maricón, de que no la hayas abandonado por otra esposa más joven. Alguna enfermera con pechos de ordeñadora...

—Platón, no son horas para...

—Seré breve. La mujer a la que amo se llama Zaynab. Está casada. No tiene hijos, pero adora a sus sobrinas. Necesita que le echen una mano. Sólo me ha pedido una cosa: mi historia y la suya, recogidas en un manuscrito, con ilustraciones a color mías. Sin ánimo de publicarlo nunca. No me preguntes por qué. No tengo ni idea. ¿Cómo voy a negarle su única petición? Te he llamado

porque no consigo dar con ese maricón que en tiempos fue amigo nuestro, Dara. No puede haberse olvidado de mí después del tiempo que pasamos juntos en los puestos de kebab y en los cafés, sobre todo en Ramadán, cuando rompíamos el ayuno cada dos por tres. Recuérdale que una vez le hice un gran favor, bastante comprometido para mí. Me prometió devolvérmelo cuando yo quisiera y el momento ha llegado. Lo necesito, Zahid Mian. Yo puedo pintar y firmar, pero para escribir necesito a otra persona. ¿O es que se ha vuelto demasiado importante para tratar con los amigos de la Madre Patria?

–Hazme el favor de buscar la dirección de correo electrónico de Dara, Platón. No lo veo nunca. Ese hijoputa sigue tratándome como a un traidor. Coincidimos por última vez en una boda punyabí en Nueva York. Le dirigí una sonrisa cortés y él me dio la espalda desdeñosamente. Siempre el mismo hijoputa arrogante. Puede que a ti te responda mejor.

–Métete un palo de hockey por el culo, maricón –estalló Platón–, y otro a él. No tengo correo electrónico. Esa mierda es para impotentes y maricones. Dale mi recado y mi teléfono y se acabó. Dile que el mío lo tengo malamente desgarrado. Estoy muy necesitado de la ayuda de ese pajillero. Si te da vergüenza, pídele a la Mariposa Dorada que lo llame ella. Seguro que me hace ese favor.

La referencia al palo de hockey despertó viejos recuerdos. Cómo no se iba a acordar Platón, con su memoria de elefante, de que Zahid detestaba ese deporte. El padre de Zahid había capitaneado el equipo de la Uni-